

Lo que sea de cada quien, El deslíz de Miguel Ángel Asturias

Vicente Leñero

Todos éramos jóvenes, relativamente jóvenes, a excepción de Miguel Ángel Asturias que ya cruzaba los setenta. Viajábamos por Alemania en un autobús privado, invitados a la Feria de Frankfurt en el otoño de 1970, cuando la literatura latinoamericana empezaba a llamar la atención en Europa. La mayoría estaba compuesta por escritores connotados (García Márquez, Vargas Llosa, Asturias, Edwards, Puig, Gardmendia) aunque faltaban muchísimos famosos (Rulfo, Cortázar, Fuentes, Onetti, Roa Bastos...).

De aquí para allá nos traían recorriendo Alemania en el autobús; dando tiempo, además, a que el Gabo se pusiera a inventar jueguitos verbales para matar el tiempo. Como aquél de proponer qué objetos o personas merecían calificarse de “pavosos”: un término desconocido para mí que definía lo cursi, lo excéntrico, lo ridículo...

—Pavoso es ponerse corbata de moño —decía de pronto Jorge Edwards. Y los demás insinuábamos: Pavoso es dormir con calcetines. Pavoso es un sombrero de calle. Pavoso es el frac.

—Pavoso es Miguel Ángel Asturias —murmuró bajito García Márquez para no hacerse escuchar por el Premio Nobel guatemalteco que viajaba siempre, en compañía de su esposa Blanca, al fondo del autobús.

Se soltaron las risotadas.

Ahí empezó la discordia entre los dos novelistas, supongo.

Cuando el autobús hizo una breve escala en Darmstadt nos llevaron ante un grupo de matemáticos y científicos solemnes que poco o nada sabían de literatura latinoamericana. Tal vez por eso dirigieron sus

preguntas al único que consideraban célebre: el Nobel del grupo.

Miguel Ángel Asturias aprovechó entonces la ocasión para disertar sobre la influencia de la narrativa en las políticas del mundo. Tan definitivo era ese influjo que numerosas novelas clásicas —ahí estaba el ejemplo de los novelistas rusos del diecinueve— habían previsto, provocado más bien, históricas revoluciones.

Cuando los científicos de la Universidad de Darmstadt parecían aceptar como irrefutable lo dicho por Asturias, irrumpió de golpe Vargas Llosa: No. Las novelas no provocan revoluciones, exclamó. Y con una brillantez más luminosa que la del Nobel, rebatió con energía el argumento y se playó razonando la función y los alcances del fenómeno narrativo. Fue claro, contundente, al grado de que el escritor guatemalteco guardó silencio hasta el final, con la mirada gacha.

El grupo regresó al autobús. Ya puesto en marcha, Blanca se levantó del asiento postrero para ir a increpar a Vargas Llosa desde el pasillo:

—¡No se vale, Mario! —Había ofendido a su marido. Lo había refutado. Lo había puesto en ridículo frente a los científicos alemanes—. ¡No se vale, Mario!

La venganza de Asturias se desplazó a García Márquez, quizá porque Vargas Llosa y el Gabo eran entonces poco menos que hermanos. Herir a uno era herir a los dos.

Una noche, cuando llegamos a pernoctar en un hotel de no recuerdo dónde, Manuel Puig y yo bajamos un momento al bar. En una mesa próxima se hallaba un escritor paraguayo de nuestro grupo —que era más periodista que literato— entrevistando a Miguel Ángel As-

turias. Fue durante esa entrevista divulgada después por la agencia AP —y en otra que concedió en Madrid— cuando el Nobel guatemalteco lanzó aquella disparatada acusación de plagio: *Cien años de soledad* era una grosera copia de *La búsqueda de lo absoluto* de Balzac.

Se desató el escándalo.

Tuvo que ser José Emilio Pacheco quien se abocara a poner los puntos sobre las íes para detener el maremoto que había hecho dudar a algunos: “puede haber algo de verdad en la acusación”, mientras otros insultaban al guatemalteco: “viejo chocho, gagá, ignorante, idiota, resentido”.

En un artículo para *El Universal* reproducido en la revista *Mundo* de Madrid, José Emilio analizó, con la meticulosidad y la precisión que lo ha caracterizado siempre, *La búsqueda de lo absoluto* y *Cien años de soledad*. No había, ni por asomo, señales de plagio. No había tampoco por qué descalificar a Miguel Ángel Asturias por su deslíz. Él y García Márquez eran espléndidos escritores, concluyó José Emilio.

En un principio, el Gabo guardó silencio; sólo se echó a reír cuando Guillermo Ochoa lo entrevistó telefónicamente para *Excelsior*.

Su silencio no duró demasiado. Ante la insistencia de los periodistas —todo mundo lo acosaba— dio cauce a su sarcasmo contra el autor de *El señor presidente*. “Yo le voy a enseñar a escribir una verdadera novela de un dictador” —dijo en referencia a *El otoño del patriarca* que ya estaba preparando. Y remató, con un gancho al hígado, cuando lo entrevistó Francisco Urondo: “Asturias es tan mal escritor que hasta le dieron el Premio Nobel”. (Gulp). ▣